

EMPERADORES | TIBERIO

Podría decirse que Tiberio fue el primer emperador oficial de la historia de Roma. A ver lo diré de otra manera para que se entienda mejor: Augusto fue sin duda el fundador del sistema de gobierno basado en la figura de un único gobernante, aunque la obra política de Augusto en sí misma fue la creación del mismo, no la consolidación. Él se encargó de construir los pilares sobre los que se sustentaría el Imperio, pero los que de verdad comenzaron a ejercer como emperadores fueron los que vinieron a continuación.

Augusto siempre se consideró un *Primus inter Pares*, o lo que es lo mismo, el primero entre sus iguales. Trató de establecer un sistema en el que los demás le daban a él las cosas y él tan solo las aceptaba. Evidentemente el sistema era más complejo, pero quiero decir con esto que tan solo tuvo que ir organizando los que sería el Imperio. Estoy convencido de que si le preguntáramos a él en persona como se consideraba, seguro que jamás se llamaría emperador.

Al que sí que podemos considerar como tal fue a su sucesor directo, Tiberio, del que os voy a hablar a continuación. Sobre él, cabe decir que era hijo de Livia, es decir la tercera esposa de Augusto. Su hermano Druso y él eran hijos de Tiberio Claudio Nerón, que fue obligado a divorciarse de su esposa cuando Augusto se encaprichó de esta. Y ya sabéis que lo que decía Augusto iba a Misa... O más bien dicho a los dioses del panteón romano. Lo que ha llegado hasta nosotros de él es un poco difuso. Hay que coger esa información con pinzas, ya que la principal fuente de ese período, Tácito, no los dejó en muy buen lugar. Bueno ni a él ni a sus sucesores, ya que el historiador era miembro de aquella aristocracia senatorial que entraba en conflicto directo con la figura de un emperador. En definitiva, sabemos que fue designado sucesor por el propio Augusto a diferencia de los tres siguientes emperadores, que o bien accedieron al trono por medio de la violencia de la guardia pretoriana o lo hicieron mediante intrigas y complots de palacio. La cuestión es que el 19 de agosto del año 14 d. C., Tiberio Claudio Nerón sucedió a Augusto tras su muerte en Nola.

Aunque pueda pensarse lo contrario, Tiberio fue la mejor elección que pudo hacer Augusto para sucederle. Por mucha leyenda negra que planea sobre él, fue un hombre muy capacitado. Sus dotes como estadista y militar eran sobresalientes y fe de ello daban las innumerables ocasiones en las que lo había demostrado dirigiendo campañas militares en las fronteras. Su papel de militar fue excepcional y eso hizo que fuera un hombre popular dentro del ejército. Además, era un experimentado gestor a nivel de la administración civil. Era culto y responsable con lo que cumplía todos los requisitos necesarios para suceder a Augusto al frente del Estado. Pero por el contrario poseía otras cualidades que le hacían parecer extraño a ojos de cualquiera. Accedió al trono con cincuenta y siete años, es decir con una edad ya avanzada, y se decía de él que tenía un carácter más bien huraño. También decían que era un tipo silencioso y poco comunicativo y que además estaba amargado por varias circunstancias, entre ellas haber sido el último recurso de Augusto para gobernar.

Además de dos tercios de la fortuna de su predecesor, también recibió como herencia el título de Augusto, que se convertiría en algo que se vincularía al poder del emperador. En el fondo él no quería asumir el control de Estado mediante el Principado, y se dice que lo aceptó más como si desarrollara una magistratura que un cargo vitalicio. Renunció al título de *Pater Patriae* que tenía Augusto y tampoco quiso que le llamaran *imperator*, prefirió quedarse con el de *Princeps*. Eso nos lleva a pensar que buscó siempre la cordialidad con el Senado, ya que quiso ser un miembro más de la cámara y siguió la política de cordialidad iniciada por su predecesor. Durante su reinado el Senado pasó a asumir más poder judicial, se encargaba pues de juzgar todos los actos criminales cometidos contra la figura del *princeps*, como poseedor del *imperium*. Es decir, de juzgar a aquellos que conspiraban contra el máximo exponente del poder estatal. Pero eso jugaría en su contra, y esos aristócratas entre los cuales buscaba integrarse, incluso reduciendo su poder real, acabaron por no entender sus intenciones, y entonces la leyenda negra se cernió sobre su persona.

Aunque el mayor problema con el que tuvo que lidiar Tiberio durante su gobierno fue el financiero. Y es que sufragar el pago de las legiones era una carga dura. Para tratar de solventar ese pozo sin fondo, se vio obligado a aplicar una severa política de ahorro. Eso se hizo mediante la restricción de gastos en materia de donaciones, juegos y espectáculos de todo tipo, e incluso en la construcción de obras públicas. En cualquier caso y como excepción, la extensión de la red viaria continuó su curso a lo largo y ancho del Imperio como una gran herramienta de romanidad. También se encargó de entregar ayudas generosas en los casos de catástrofe, como fueron los incendios del Celio y el Aventino, o un terremoto que destruyó varias ciudades de Asia en el 17 d. C. Así que en el fondo lo gestionó con cabeza. Pero como lo que hizo fue quitarle la diversión al pueblo, eso acabó por generarle aún más fama de tacaño y le convirtió en un gobernante menos popular todavía si cabe. Es lo que tiene la masa, que es voluble, como decían en la película "Gladiator".

Por muy poco que agradara la plebe esa política, la verdad es que sirvió para sanear las finanzas y llenar de nuevo las arcas del Estado. En materia religiosa, prohibió que le elevaran templos en su honor o que se crearan colegios sacerdotales dedicados a su persona. Por el contrario, se preocupó de proteger el culto tradicional ya que era el *Pontifex Maximus*. En cuanto a las religiones extranjeras, prosiguió con la tolerancia demostrada por Augusto, siempre y cuando no supusieran una amenaza para el orden público.

Los problemas internos surgieron más a nivel de decisiones personales que políticas. Por ejemplo, el oscuro episodio de la muerte de Germánico, que era su sobrino, el hijo de su malogrado hermano Druso. Este se perfilaba como candidato a sucederle, junto a su propio hijo, ya que tenía dotes de mando o al menos eso dijeron las fuentes de él, quizás para ensuciar más la imagen del emperador. Resulta ser que al regreso del Rin, tras sofocar con éxito unos motines militares, le envió a Oriente con una misión diplomática. Pero el gobernador de Siria, Calpurnio Pisón tuvo un enfrentamiento con él y todos ya sabéis como acabó el asunto, ¿no? Germánico muerto tras unos terribles accesos febriles mientras regresaba a Roma. Evidentemente era un hombre fuerte y aquella muerte fue más que sospechosa.

Su viuda, Agripina, que era hija de Agripa y Julia, supo enseguida que detrás del asesinato de su esposo estaba la mano de Pisón. Y detrás de la del gobernador seguramente alguna más poderosa. Evidentemente el relato de Tácito es totalmente favorable a la rabia de Agripina y arroja una sombra de acusación sobre el propio Tiberio. La fuerza de Agripina hizo que Pisón fuera llevado ante el Senado, que le absolvió del asesinato de Germánico, aunque no de la causa de haberse levantado en armas para recuperar el control de Siria. El aristócrata decidió quitarse la vida y eso dio más peso aún a la versión de un posible envenenamiento.

Es entonces cuando apareció en escena otra figura sombría en el entorno de Tiberio: Elio Sejano, el prefecto del pretorio. Fue este personaje el que convenció al emperador para establecer las 9 cohortes pretorianas dentro de Roma, en el llamado *castra Praetoria*, con el poder que eso le daba. Esa figura de poder ensombrecería aún más el nombre de Tiberio, ya que Sejano se encargaría de instaurar un régimen de terror en cierto modo destinado a facilitarle el acceso al trono. Buscó la manera de emparentarse con la familia de Tiberio y no dudó en ocuparse de todos aquellos que se interpusieran en su camino. Agripina y sus hijos mayores, Nerón y Druso fueron sus objetivos. Estaban dentro de la posible sucesión, ya que Tiberio en cierto modo se sentía responsable de lo que le había ocurrido a Germánico, y su propio hijo, destinado a sucederle murió también de manera repentina. Además, Tiberio le puso las cosas más fáciles al prefecto, ya que hastiado y amargado decidió retirarse a la isla de Capri. Se alejó de la vida pública y eso le hizo ser incluso más impopular al dejar al mando a un personaje tan ambicioso.

A todo eso se sumó la muerte en el 29 d. C. de Livia. Esta era una clara opositora al papel de Sejano, y ahora sin ella, el prefecto lo tenía aún más fácil. Sejano tuvo vía libre y se encargó de Agripina y sus dos hijos mayores. Tiberio, siempre despreocupado por ese tema, acabó dándose cuenta de todo, o más bien se lo hicieron ver y decidió dar la orden de ejecutar a Sejano tras orquestar una trampa contra él. Le fue de poco, porque el prefecto ya era colega consular del emperador y un miembro de su *gens* se casaría con uno de la familia imperial. Tiberio había cometido el error de confiar en alguien que era demasiado ambicioso y casi lo paga muy caro. Todo ese episodio desquició aún más al ya viejo y paranoico emperador, ya que además se enteró de que su propio hijo, Druso, había sido envenenado por Sejano para sacarse de en medio a un rival en su carrera. Imaginad que tragedia para el anciano que le había dado todo al hombre que le quitó lo que más quería.

Decidió quedarse en Capri, aguardando la muerte, y sobre esa etapa final de su vida se cierne más leyenda negra. Se habla de un entorno de vicio y lascivia donde el emperador se rodeaba de todo tipo de gente de dudosa moral. Se dice que organizaba orgías de todo tipo y que yacía con niños... Aunque eso tal vez sea algo que debemos tratar con esmero cuidado, teniendo en cuenta la opinión y la posición de los que escribieron esa parte de la historia. Si una cosa tenemos que tener en cuenta los historiadores es que la propia historia es más que manipulable. Desde su retiro, Tiberio continuó dirigiendo el Imperio durante cuatro años más, hasta que en el 37 d. C. pasó a mejor vida. Lo hizo sin designar en ningún momento sucesor a la púrpura, aunque en su testamento figuraban dos nombres que se

repartirían su fortuna a partes iguales: Cayo, el hijo menor de Germánico, más conocido por su apodo de Calígula, y Gemelo, el nieto del emperador e hijo de Druso. Aunque el destino ya estaba escrito a favor del primero, que tenía veinticinco años y más experiencia que el otro, de tan solo diecisiete. Más que el destino, el que tomaría la decisión sería el nuevo prefecto del pretorio, Macrón, dando paso a un período en el que esta institución acabaría siendo la que decidiría quien debía o no gobernar el destino del Imperio. Pero esa es ya otra historia de la que os hablaremos otro día.

Espero que os haya parecido interesante la vida de Tiberio, un hombre capaz pero amargado, que tal vez no quería ni siquiera gobernar, pero que se halló en la tesitura de tener que tomar las riendas del Imperio más grande jamás conocido. Difícil posición la suya, y a ojos de la historia, tal vez difamado. Es lo que tiene la dinastía de los Julio-Claudios. En fin, hasta la próxima.